

Oswaldo Vicuña Luco

Cartas acerca de Marcel Proust

Manantiales, 29 de Abril de 1928.

Señor Don Hernán Díaz Arrieta

MI estimado amigo, por fin me resuelvo a vencer mi fobia epistolar* para esbozarle mi opinión sobre algunos aspectos de la obra de Marcel Proust, que Ud. ha estudiado últimamente. Creo que falta a Proust la capacidad de abstracción, el rigor lógico para encadenar un raciocinio derivado de simples postulados intelectuales, de hipótesis sugeridas por la inteligencia. Flaquea en la ordenación de sus ideas, cuando éstas exigen un desarrollo continuado. Se repite y se embrolla a veces con deducciones intempestivas. Aunque todavía no he pasado de *La Prisonnière*, me apresuré a leer, al llegar aquí, la larga digresión que abre el tomo segundo de *Le Temps Retrouvé*. Me había dicho Ud. que encontraba ahí un verdadero tratado de estética; para M. P. era lo mejor de toda la obra. Después de tales recomendaciones, sufrí una ligera decepción. Se la comuniqué a L.: a cada paso conceptos admirables, pero mal asociados, como desprendidos unos de otros; incongruencias desconcertantes. El conjunto me dejó una impresión confusa. Esta impresión puede modificarse después de una segunda lectura.

* Más bien mi grafofobia. ¿Podríamos llamar así el horror a escribir?

Para escribir esta carta he tenido que recorrer algunos pasajes, y he encontrado en ellos esa precisión que la primera vez había echado menos. En todo caso, hay en ese prolongado soliloquio, si no un tratado de estética, un ensayo autocrítico muy clarividente, de un valor inestimable para el estudio de *A la recherche du temps perdu*.

De lo dicho al principio no se deduce necesariamente que Proust se desentienda de las ideas generales. Al contrario, llegar a conclusiones de carácter general dentro del campo que le es propio, la psicología, fué toda su aspiración y, una vez recorrido el círculo de su inmensa obra, podemos afirmar el logro de su propósito. «Je ne m'attache—escribía a Luis de Robert—qu'à ce qui me semble déceler (d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs) quelques lois générales». Sólo que, en vez de seguir el método discursivo, aprovecha los datos que su experiencia ofrece a su intuición («d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs») para inducir algunas leyes psicológicas de alcance general. Estas leyes se le manifiestan con insistencia en multitud de casos particulares y, aunque ya nos fueran conocidas, adquieren a nuestros ojos el valor de un descubrimiento, cuando se nos presentan como el fruto de la existencia personal del artista. Proust llega a tocar así el problema fundamental de la filosofía, el problema del conocimiento, la eterna oposición entre el sujeto y el objeto, el yo y el no yo de los filósofos alemanes. Vuelva a leer el tomo segundo de *Le Temps Retrouvé*, desde la pág. 72 hasta la pág. 75, y verá cómo toda la obra, con rara persistencia, se halla inspirada en un concepto relativista de la realidad, cómo todo en ella va a converger al idealismo absoluto, que no es aquí una idea *a priori*, sino al contrario, la cristalización de la experiencia de cada instante: «Je m'étais rendu compte que seule la perception grossière et erronée place tout dans l'objet, quand tout est dans l'esprit» (pág. 72).

Cierto es que a Proust no le preocuparon nunca las cuestiones religiosas, políticas o sociales. Si se interesó alguna vez en una lucha política, fué movido por un impulso de su sensi-

bilidad, no por una doctrina: defensa de un inocente sacrificado a los prejuicios de raza y de casta y al fanatismo patrioter, en el asunto Dreyfus; defensa del arte y de la tradición en su campaña a favor de las «iglesias asesinadas»; sentimiento patrióticos y humanitarios, en sus ansiedades de la gran guerra. Su mundo es el mundo de la conciencia, con su fondo subterráneo; la expresión de su inteligencia; la introspección, el análisis, la interpretación de los datos que le aportan los sentidos; Proust tenía plena conciencia de la misión que la vida, al fijar su temperamento, le había asignado; más aún, creía que ésta era la verdadera misión de la literatura:

«Nous n'avons nullement besoin de parler politique—dice en su carta al crítico alemán Curtius.—La littérature est notre part et c'est une très féconde. Renan a dit quelque part que nous souffrons morbo litteraria. C'est absurde. *La mauvaise littérature rapetisse. Mais la vraie fait connaître la part encor inconnue de l'âme*. Y en *Le Temps Retrouvé*: «Le livre interieure de ces signes inconnus (de signes en relief, semblait-il, que mon attention explorant mon inconscient allai) chercher, heurtait, contournait comme un plongeur qui sonde) pour la lecture, personne ne pouvait m'aider d'aucune règle, cette lecture consistant en un acte de création où nul ne peut nous suppléer, ni même collaborer avec nous». (Pág. 25, Tomo II). «Ce livre, le plus pénible de tous à déchiffrer, est aussi le seul que nous ait dicté la réalité, le seul dont «l'impression» ait été faite en nous par la réalité même. De quelque idée laissée en nous par la vie qu'il s'agisse, sa figure matérielle, trace de l'impression qu'elle nous a faite, est encore le gage de sa vérité nécessaire. Les idées formées par l'intelligence pure n'ont qu'une vérité logique, une vérité possible, leur élection est arbitraire. Le livre aux caractères figurés, non tracés par nous, est notre seul livre. Non que les idées que nous formont ne puissent être justes logiquement, mais nous ne savons pas si elles sont vraies. Seule l'impression, si chétive qu'en semble la matière, si invraisemblable la trace, est une critérium de vérité et à cause de cela mérite seule d'être appréhendée par l'esprit car elle est seule capable, s'il sait en dégager cette vérité, de l'amener a une plus grande perfection et de lui donner une pure joie. *L'impression est pour l'écrivain ce qu'est l'experimentation pour le savant avec cette différence que chez le savant, le travail de l'intelligence précède et chez l'écrivain vient après*. Ce que nous n'avons pas en à déchiffrer, a éclaircir par notre effort personnel, ce qui étai clair avant nous, n'est pas a nous. *Ne vient de nous-même que ce que nous tirons de l'obscurité qui est en nous et que ne connaissent pas les autres*». (Ibid. págs. 25-27).

En fin, para qué voy a seguir copiando; creo que le conven-
dría releer la introducción del segundo tomo de *Le Temps Re-
trouvé*, que trata ampliamente este punto desde la página 20
hasta la página 30, más o menos. Lo que a mí me interesa
dejar en claro es que Proust no es un simple miniaturista, un
coleccionador de hechos pequeños, cuyo alcance concluye en
ellos mismos. No; esos hechos pequeños son para Proust, como
para Freud, signos reveladores de una vida, de un carácter, de
una modalidad, de una situación, de algunos aspectos perma-
nentes y universales del alma humana. A propósito de Freud,
conviene hacer constar que Proust coincidió con él, no sufrió
su influencia. Uno de sus familiares, Jacques Rivière, testigo
irrecusable por su probidad, afirma categóricamente que el autor
de *Sodome et Gomorrhe* no conoció la obra del psiquiatra
vienés.

Muy buenos sus últimos artículos de *La Nación*, sobre todo
el que trata del humorismo. Muy exacta la asimilación del pro-
cedimiento proustiano al *ralentisseur* cinematográfico, y la ex-
plicación de la risa que nos suscitan algunas páginas de Proust
por las leyes del contraste inesperado y del automatismo psíquico,
enunciadas por Bergson.

Me voy a permitir señalarle algunas diferencias de apreciación.
Creo que en la poesía Proust es tan personal como en el hu-
morismo. Recuerde algunos trozos: el beso maternal, los cam-
panarios de Martinville, los árboles, que le alargan sus brazos
para que descubra su secreto, la sonata de Vinteuil, la voz
de la abuela a través del teléfono, el sueño de Albertina; y
dígame qué reminiscencias encuentra en ellos. No creo, tampoco,
que la ironía de Proust sea más universal que la de otros auto-
res; creo sólo que se aplica a distintos objetos: las manías ino-
centes de algunos seres, las anomalías sexuales, las jerarquías
sociales y los hábitos mundanos. Mayor amplitud y mayor tras-
cendencia tiene, por ejemplo, la de Anatole France, que en «La
Isla de los Pingüinos» construye una epopeya burlesca con la
historia de la humanidad y explica, a su modo, la formación de
los grandes mitos en que descansa la sociedad. Proust no es

un satírico, su risa no tiene una intención de censura para los vicios, las ridiculeces y los defectos que descubre. Ellos podrán despertar en el lector movimientos de antipatía o repulsión; el autor no abandona nunca su actitud de observador desinteresado. Creo que quienes niegan a Proust su condición de humorista, identifican el humorismo con la sátira. Cedámosle la palabra:

«Les êtres les plus bêtes par leurs gestes, leurs propos, leurs sentiments involontairement exprimés, manifestent *des lois* qu'il ne perçoivent pas, mais que l'artiste surprend en eux. A cause de ce genre d'observations, le vulgaire croit l'écrivain méchant, et il le croit à tort, car dans un ridicule l'artiste voit *une belle généralité*, il ne l'impute pas plus à grief à la personne observée, que le chirurgien ne la mésestimerait d'être affectée d'un trouble assez fréquent de la circulation; aussi se moque-t-il moins que personne de ridicules». (*Le Temps Retrouvé*, pág. 56).

En realidad Proust no se mofa: observa y se divierte; recoge un tic, un gesto significativo, y lo interpreta. Pero que se divierte y nos divierte, no cabe duda. La amplificación de los rasgos ridículos en las pinturas; el tono enfático aplicado a temas ligeros; la aproximación de cosas distantes y heterogéneas, que contrastan violentamente en las comparaciones, todo aquello que provoca la risa en el lector, la denuncia también en el autor. No es menester mucho *sense of humour* para percibirla.

Bien expuesto y analizado el amor de Swann. Creo que para completar el estudio del amor en *A la recherche du temps perdu* habría valido la pena hablar de los sentimientos del protagonista por Albertina, que tienen una característica que no está comprendida en el anterior. Mientras la desconfianza es causa de que Swann deje de amar a Odette, en cambio sólo en los celos está fundado el amor de Marcelo por Albertina, hasta el punto de que cuando adquiere confianza el amor se eclipsa, para volver a surgir atraído por un nuevo motivo de recelo. Aquí los celos son lo positivo; el amor depende de ellos, es sólo la sombra que ellos proyectan.

• • •

Manantiales, 2 de Mayo de 1928.

Mi querido amigo, mucho me honra al proponerme colaborar con Ud. en un libro sobre Proust, pero, francamente, la empresa me intimida. He leído *A la recherche du temp perdu* al través de varios años, con intervalos a veces largos, y aún no acabo con ella. Necesitaría leerla de nuevo, esta vez sin interrupción, para seguir el desarrollo continuo de los distintos motivos que ella ofrece a la atención de la crítica, y recoger, al mismo tiempo, una impresión de conjunto. Entretanto, lo único que deseo es despedirme de Proust hasta nueva orden. Quiero internarme en otros grandes novelistas que nos han dado, como él, una visión panorámica o introspectiva de la vida—Balzac, Stendhal, Dostoiewski, Tolstoi, Dickens, Galdós, Meredith—para tener mayores puntos de referencia y de comparación. Querría también aquilatar mejor las observaciones de Proust, con mi experiencia personal, cosa que no he cesado de hacer desde que lo conozco, dentro de la reducida órbita en que me muevo. Después volvería a él, enriquecido con la cosecha que hubiera recogido en esos campos. Como Ud. ve un programa muy largo y muy ambicioso, para una obra seguramente superior a mis escasas fuerzas, y que, por eso mismo, tal vez no escriba nunca*. Pero, mientras tanto, me habré alimentado con la idea, que, por algún tiempo me servirá de estímulo y de orientación en mi vida, en mis lecturas y en mis meditaciones.

Creo que la diferencia esencial entre la ironía de France y la de Proust está en que el primero atiende sobre todo, a la vida colectiva del hombre—creencias, acción política y social, lo que forma la Historia, con su tramoya mezquina—y el segundo a la vida individual: las manías pueriles (la tía Leonie); las particularidades de un oficio (Francisca); las ambiciones frí-

* Y también porque, a la vuelta, puedo haber perdido el interés inicial.

volas (el snobismo intelectual o mundano, la señora Verdurin y el señor Legrandin); la actividad sexual (Charlus).

Su idea de asimilar la psicología de Proust a la de una señora genial me parece de una verdad aproximada y bastante original, pues no la he visto hasta ahora expresada por nadie. Así, la detención de Proust en las menudas peculiaridades exteriores de las gentes, su fina percepción de los más fugaces e indiscernibles matices de expresión, son, sin duda, rasgos femeninos. Sólo que la mujer, al atender a estas cosas, no lleva el pensamiento de individualizar un tipo, de desentrañar un carácter o de establecer alguna ley psicológica. Hablo de la mujer común, no de la mujer culta, que a lo mejor ha leído a Proust y al Dr. Freud y se sirve de sus métodos de interpretación para llegar a conclusiones hartó arriesgadas. Proust es más prudente y, por lo general, se conforma con aventurar media docena de hipótesis paralelas o convergentes, como los rayos de una rueda, introducidas por otros tantos *soit qui*. ¿Una señora? Bien, pero una señora genial, una señora que hacía falta en la literatura y nos ha hecho avanzar en el conocimiento del alma.

Al considerar a Proust en relación con las ideas generales, debemos, ante todo, tener en cuenta que no nos encontramos frente a un filósofo, sino frente a un novelista, un memorialista, un psicólogo. Las ideas generales a que Ud. se refiere, de orden moral o científico, proceden de la razón pura, de la erudición o de la experimentación sistemática, provocada ex-profeso para fines determinados. Proust sólo confía en sus impresiones, en «lo único que procede de nosotros mismos, en lo que arrancamos de nuestra obscuridad y que los demás no conocen», en una palabra, en el sedimento que ha depositado al azar, en la memoria latente o presente, la vida vivida. Lo otro es bien mostrenco patrimonio de todos. En este impresionismo reside la hondura y la originalidad de la obra proustiana, y también su limitación cuando la consideramos como una nueva «Comedia Humana». Si la novela es un espejo que se pasea por la vida, como quería Stendhal, el espejo de Proust es un espejo cóncavo e inmóvil, que deforma la imagen y sólo enfoca el trozo de rea-

lidad que tiene delante, con sus planos sucesivos prolongados en el tiempo. Se concreta a reflejar su mundo interior y el ambiente en que vivió, su familia y los salones aristocráticos y burgueses. El amor que infunde en sus personajes es el único amor que él conoció, el amor contrariado y receloso, el amor del ser débil e hiperestésico que él mismo fué.

Su interés por el estudio de ciertas anomalías, le lleva a agrupar tal número de seres afectados por ellas, en un espacio reducido, que al fin lo anormal cobra un carácter de normalidad, efecto paradójico, sin duda alguna.